

tanto encarnación del gran fantasma humano que es el Espíritu. El resultado es, de nuevo, la historia, donde se dan la consciencia, el ser y el animal fantasmático, duplicado y verbal que llamamos hombre².

Hay más. La historia hegeliana no es lo meramente ocurrido (*Geschichte*, que viene de *geschehen*, suceder o acontecer) ni tampoco su relato factible (*Historie*, digamos las antiguas cosas dignas de memoria, las gestas): es, nada menos, nuestro presente, nuestro ahora (*Jetzt*). La historia universal está contenida en este renglón y en la lectura que tú, lector, estás practicando de él y de ella. La historia es el libre y vivaz presente. No hay otra. Por eso hemos de evitar la imitación de ejemplos pasados, desfiles de disfraces históricos, como los que Hegel conoció cuando la Revolución Francesa contrajo la costumbre de la viñeta neoclásica.

El presente tampoco es mero y mondo presente. Es el momento en que practicamos el recuerdo y aquí se me impone, de nuevo, la filología, a riesgo de pedantear un rato más. Recordar, en alemán, es *erinnern* (internalizar), en tanto la memoria (*Gedächtnis*) tiene que ver con el pensamiento (*Denken*). Todo esto se fragua en el presente donde la memoria, que envuelve al pensamiento, condiciona nuestra moralidad, porque recordar es también olvidar y olvidar es seleccionar, o sea un acto moral. Este es el presente histórico, donde la rosa es crucificada, según la figura hegeliana que pudo habersele ocurrido a su amigo Hölderlin. El presente es cruel y sacrificial, porque la lozanía de la rosa perece en la cruz. Pero se salva la memoria, la internalización del mundo que se vuelve recuerdo y piensa en el causal de lo memorizado. La memoria es el órgano humano de la eternidad. Además, la verdad, el cebo de nuestra existencia en el tiempo, es un presente, eterno esta vez, pero no por eso menos presente. O sea: el fugaz ahora es la figura menos imperfecta de la eternidad.

A menudo tendemos a pensar a Hegel como un idealista desprevenido, que nos propone la idea como refugio de la inmortalidad, como una entidad inmarcesible y dada de antemano. Pero no es así: las ideas hegelianas son mercuriales, herméticas, en tanto el mercurio es la sustancia que permite la transformación de las otras sustancias, y Hermes es el guapo mensajero que va, con alas en los pies, de dios en dios, mientras protege a los comerciantes y a los ladrones. La idea es verdad para un pueblo y el Espí-

² Utilizo la palabra hombre como sinónimo de ser humano y no meramente de varón. Alguna vez, una amiga me señaló en público que hombre era masculino y excluía a la mujer. No es mi caso. Simplemente, que en castellano los sustantivos son sexuados, la sustancia misma tiene sexo gramatical, y ser humano resulta tan masculino como hombre. En inglés dominaría la neutralidad sustantiva (*the man*) y en alemán podría distinguirse entre *Mensch* (ser humano) y *Mann* (hombre en el sentido de varón).

ritu es su querer necesario y racional. Por eso hay razón en la historia: porque alguien se aproxima racionalmente a sus hechos, y halla tanta razón como ponga en ellos. Ambas razones (la dada y la retenida) se corresponden, se intercambian. Por esa vía se ensancha la libertad en el tiempo, una paradójica necesidad de libertad. Hegel reitera las categorías de desarrollo y evolución. Muy de vez en cuando, la de progreso (*Fortschritt*: paso adelante), señalando siempre su lentitud, tal vez para alejarse de la tentación revolucionaria del cambio con fecha diaria: la toma de la Bastilla, la batalla de Valmy.

En ese rasgo que caracteriza al Espíritu, pensarse como sujeto y objeto a la vez, se instala el trabajo del filósofo (no el erudito, jergoso y prolijo académico, distinción hegeliana). Se trata de una tarea atractiva y desesperante, porque la filosofía actúa en la historia y busca la verdad: una, absoluta y eterna, o sea ajena a la historia. La verdad no tiene historia; la filosofía, sí. Es la historia de una búsqueda infinita, que sucede en el tiempo pero cuya meta es intemporal. Dicho en otra clave: en la historia, el filósofo no encontrará la verdad, que es su tierra de Utopía. Y si la encuentra fuera del tiempo, no podrá manifestarla, porque fuera del tiempo no hay lenguaje. Más allá de la opinión, personal y carente de generalidad, hay el conocimiento organizado, la ciencia (*Wissenschaft*). La filosofía es la ciencia cuyo objeto es la verdad o, por mejor decir, su búsqueda interminable. La filosofía, una sola y universal, no cada filosofía en particular. Entre todas la van siendo. De ahí su necesidad, errores incluidos. En cada época, constituye la verdad del momento, «la plena conformación del pensamiento». A lo largo de esa historia se va elevando «el templo de la razón autoconsciente».

Hay una doble caracterización de la filosofía que conviene retener, no sólo porque es contradictoria sino porque, como siempre en Hegel, esa contradicción contribuye a definirla: es un lujo y una necesidad. Quizás eso que Marx llamará necesidades secundarias, que la cultura fabrica cuando las necesidades elementales están cubiertas. De hecho, el filosofar empieza cuando el mundo real histórico decae y han pasado su juventud y lozanía. Aparecen los juegos seniles, las abstracciones que pintan sobre gris con gris. El mundo se ha estropeado y la filosofía se concilia con él en un espacio ideal. Es un juego tardío, el búho de Minerva que vuela al ocaso. Se apodera de todo aquello que la religión ha establecido desde fuera y sin declarar su origen, en plan fantástico. La filosofía pretende pensarlo. No como sustancia, sino como sujeto. Pensar no es sólo contemplar pasivamente las cosas, como en los domingos, sino hacerlas, como en el resto de la semana.

A esta parte activa del filosofar pertenece el mundo del movimiento, de la moción, el cual, aparentemente, queda fuera del interés del idealista,

pero dentro de la consideración del dialéctico, que intenta pensar el vaivén de la realidad con el vaivén de las ideas. Si hay una finalidad en la historia, ella es abstracta. Lo concreto histórico son las pasiones, los intereses y los impulsos humanos. Nada ocurre en la historia sin pasión y si bien podemos pensar a la abstracta humanidad como sujeto de la historia, lo cierto es que ésta es hecha por los individuos concretos. El Espíritu mismo es no sólo consciencia, sino voluntad y deseo. Justamente lo que distingue a Oriente de Occidente es la extensión de su querer: finita para el primero e infinita para el segundo. Schopenhauer, antihegeliano entusiasta, no podrá prescindir de estas categorías.

Entonces: hay determinaciones de la moción, ajenas a la consciencia, que producen objetos inteligibles y hacen posible el conocimiento. De nuevo: un anticipo del inconsciente. Así, por ejemplo, el *daimonion* socrático, una suerte de duplicación de la consciencia o sonambulismo del espíritu (¿la doble consciencia de Charcot, el maestro de Freud?). O el principio de la virtud en Aristóteles, que no es racional sino pasional. Finalmente, el mismo Aristóteles sugiere a Hegel el nombre de la moción elemental que nos encamina a eso que luego sabremos que es el mundo: apetencia, hambre. Y si la verdad es una, lo sabemos gracias al instinto de la razón.

Así vista, si he conseguido que se vea algo, la filosofía de Hegel es una novela cuyo protagonista es un fantasma llamado Espíritu Universal, al cual presta su cuerpo la Historia. La lengua española me sirve para conformar la pareja: él y ella. Perfectible y evolutivo, el Fantasma va alcanzando su verdad en el tiempo pero, como sus posibilidades son infinitas, nunca conseguirá agotarlas. No conseguirá ser, en el sentido original de unidad identitaria consigo mismo, sino que devendrá infinitamente. Se irá entreteniéndose de camino porque los objetos que vaya creando lo enajenarán y lo obligarán a nuevas liberaciones. Si su quehacer es sin objeto, decaerá a mera costumbre. Y si se entusiasma por algo abstracto, se volverá fanático (estupenda definición constantemente regada con sangre). Cree que es lo que siempre ha sido y tiene razón: siempre ha sido devenir y transición, ir más allá de sí mismo, no acabar de ser. Es eterno, pero no reside en la eternidad. Deviene lo que ya es: necesariamente libre. No hace falta añadir más datos a esta carta de identidad cubierta de paradojas, la mayor de las cuales es sugerida por Spinoza: determinarse es negar y determinar una negación es negarla, o sea afirmarse.

Hegel es el filósofo dialéctico por antonomasia. Para no quedarme en el lugar común, daré dos notas de esta antonomasia. Dialéctica es diálogo y el discurso hegeliano es el diálogo de los opuestos. No su coincidencia ni su síntesis: su escucha, su interpelación, la necesidad que el otro es para el

uno. Y dialéctica es dialecto: la filosofía repristina las palabras cotidianas y las convierte en dialecto o, si se prefiere, en algo más dignatario: en idioma. Como la poesía. Por eso Prinkard nos recuerda, con razón, que el empuje primero de Hegel lo recibió de un poeta, Hölderlin.

El hombre es esa potencia que altera la unidad natural y el uso deprecia- do de la palabra. Se encuentra con otras potencias y, si no estalla la guerra de las consciencias, es posible que se entretujan aquellas potencias, consti- tuyendo la realidad. No la realidad dada (*das Reell*) sino la realidad obrada (*die Wirklichkeit*). En este sentido prefiero traducir el aforismo tantas veces invocado como emblema del inmovilismo hegeliano y que está en el prefa- cio a su *Filosofía del derecho*: todo lo real es racional y viceversa. No: no todo lo real es racional sino que todo lo realizable es razonable y todo lo racional se puede llevar a cabo. Lo cual no deja de ser una refinada repeti- ción del viejo principio *Verum factum est*, la verdad es un acto. El uno reco- noce al otro y el otro al uno, apenas conciben la unidad ideal a la que per- tenecen, unidad que es, a la vez, el otro del uno y viceversa. Y así hasta el infinito. La razón imita la eclosión de una rosa, que se mueve impercepti- blemente desde el capullo hasta la seca hojarasca. Por un momento, el pre- sente la fija clavándola en su cruz. En esta minúscula escena cotidiana se diseña el emblema de la historia universal: poner la razón en movimiento para pensar el movimiento del mundo.